

## DOCUMENTOS RECUPERADOS

### LOS SUEÑOS DEL EXILIO. UN ARTÍCULO DEDICADO A “LA ATLÁNTIDA” DE MANUEL DE FALLA EN LA REVISTA ARGENTINA *CABALGATA*

ANA MARTÍNEZ GARCÍA\*  
*GELEC, Universidad de Cádiz*

La cultura creada en la distancia nunca deja de aproximarse a las tierras de las que se aleja; por esta razón, la producción científica y cultural de los exiliados españoles de 1939 guarda grandes lazos con sus creaciones anteriores a la Guerra Civil Española. Una buena muestra de ello nos ofrece la prensa editada por los desterrados desde los múltiples lugares en los que encontraron asilo, donde se difundían sus novedades y se dejaba ver que la proyección de estas figuras avanzaba desde la distancia, con obras más ligadas a la patria perdida que al país de acogida.

En estas fechas en las que se cumple el septuagésimo aniversario de la muerte de Manuel de Falla recordamos un interesante texto, en el que la conexión con España estaba muy presente. Apareció en Argentina en una publicación liderada por desterrados españoles que tenían una relación cordial con este músico, afincado también en este país. Se trataba de la revista *Cabalgata* (Buenos Aires, 1946-1948), que sobrevivió durante dos años difundiendo la cultura hispanoamericana y, sobre todo, la española en el destierro, con la dificultad añadida de tener que sortear la censura peronista.

En *Cabalgata* colaboraron a menudo figuras esenciales de las letras del exilio, tales como Francisco Ayala, Rafael Alberti, Juan Ramón Jiménez, Guillermo de Torre y María Teresa León, entre otros. También lo hicieron renombrados músicos como Adolfo Salazar o Jaime Pahisa, y reconocidos pintores como Luis Seoane y Manuel Colmeiro.

En las páginas del número 4 apareció un texto de Jaime Pahisa, “Cómo Falla imaginó *La Atlántida*”,<sup>1</sup> que realizaba un breve repaso por la historia de esta interesante pieza inconclusa. En él Pahisa deseaba que Manuel de Falla terminara esta obra, sin

---

\**N. del E.* Ana Martínez García mereció un accésit del Premio Internacional de Artículos Periodísticos “Eduardo de Ory”, en la XXV edición, por su trabajo “La revista *España Libre* 1939-1976) y Francisco Ayala: cartas y textos olvidados de su exilio en Estados Unidos”.

<sup>1</sup> Jaime Pahisa, “Cómo Falla imaginó *La Atlántida*”, *Cabalgata*, n° 4, 1946, p. 21.

sospechar que en el mismo número y página de *Cabalgata* en que formulaba este deseo se daría la noticia del fallecimiento del maestro granadino en Alta Gracia.

El interés de Pahissa por “*La Atlántida*”, una obra tan ligada al pasado de la Península Ibérica, coincidía con un vector esencial en las diferentes manifestaciones culturales de los exiliados españoles. Podemos comprobarlo al repasar la obra narrativa creada en la distancia, cimentada tanto en el pasado español más reciente como en el más remoto, con la intención de preservar su memoria. Tal fue el caso de *Menesteos, marinero de abril* (1965) de María Teresa León, que reinventaba el mito fundacional de El Puerto de Santa María, una ciudad próxima a la capital gaditana; de Paulino Masip y su colección de relatos *Historias de amor* (1943), donde se rescataban una docena de tormentosos amores de personajes ilustres, entre los que se hallaban Felipe II, Lucrecia Borgia o Mariano José de Larra; y *El hechizado* (1944) de Francisco Ayala, donde se recreaba la corte de Carlos II.

Esta mirada al pasado también estaba muy presente en otras disciplinas, caso de las artes plásticas. Un buen ejemplo fue Luis Seoane, pilar esencial de *Cabalgata* y de otros muchos proyectos editoriales del Mar del Plata. Este gallego recuperó en su obra pictórica el imaginario medieval más arraigado en la cultura gallega, para entremezclarlo con lo mitológico, plasmando así en sus cuadros y dibujos el pasado más ancestral de la tierra perdida.

En esta línea Jaime Pahissa recordó la obra inconclusa de Manuel de Falla, iniciada en la década de 1920 a partir de múltiples visitas a los lugares esenciales de la provincia gaditana, en la que creía que estaba *La Atlántida*.

### **Cómo Falla imaginó *La Atlántida* por Jaime Pahissa**

El año 1926 vivía Manuel de Falla en su casita de Granada. Había terminado el *Concerto*. En su mente se iba definiendo la idea de una nueva obra. Pensaba en un auto sacramental de Calderón: *Los encantos de la culpa* –sugestivo título–, de igual asunto que el drama, del mismo Calderón, *Circe*. De los dos haría Falla un libro para su nuevo trabajo.

En esto llega a Granada José M<sup>a</sup> Sert, el célebre pintor catalán no ha mucho desaparecido, y va a ver a Falla y le dice que venía de los Festivales Internacionales de Salzburgo y que traía un encargo de Reinhardt para él. Este gran *regisseur* deseaba que Falla le compusiera un auto sacramental de Calderón, para ponerlo en escena con decorados pintados por el propio Sert. ¿Curiosa coincidencia? Precisamente cuando Falla tenía el mismo proyecto.

Pero en aquella época se estaba preparando la “Exposición Iberoamericana” de Sevilla, y hablando de ello con Sert, se le ocurre al gran pintor la idea de hacer un espectáculo para el próximo concurso, que se anunciaba brillante.

“La Atlántida” –dice Falla. Porque en aquellos días se había celebrado el cincuentenario del primero de los poemas de los tiempos modernos, *La Atlántida*, de Jacinto Verdaguer, el gran poeta catalán. Era en 1926, el año mismo en que se cumplía el quincuagésimo aniversario de Falla, de modo que el poema y el músico tienen la misma edad. Falla había leído en el diario de Madrid “El Sol” fragmentos del poema que recitó Eduardo Marquina, traducidos por él mismo al castellano, en la sesión con que la “Academia Española” conmemoró la fecha. Tanto le interesaron a Falla estos fragmentos que mandó a buscar el poema completo. Y le pareció muy a propósito para su deseo. Y más cuando el asunto se sitúa entre lo griego y lo latino; entre lo mitológico, y los arcanos tiempos de la primitiva Iberia; entre el Pirineo y el Mediterráneo, y la legendaria tierra de Gadex y el otro mar inmenso. Desde muy niño el ambiente que le rodeaba le llenó la imaginación de extrañas y grandiosas fantasías, como oscuros sueños ancestrales. Cádiz, su ciudad, ya fue la lejana Gadex de los romanos; y, antes, de los iberos; y, antes, del perdido continente atlántico cuyo vago recuerdo quedó en la memoria de los egipcios, los fenicios y los griegos. Veía en el escudo de Cádiz a Hércules con las dos columnas y el lema “Hercules fundator”, e imaginaba al héroe rompiendo con su clava el estrecho y abriendo paso al gran mar. Se comprende la honda impresión que le produjera la lectura de *La Atlántida* que reavivaba las no borradas imágenes de la infancia.

Al recordar aquellas impresiones y penetrarse de ellas para emprender la composición del poema, y verterlas en su música, fuese a Cádiz, donde el Ayuntamiento le hizo huésped de honor, a lo que quiso corresponder ofreciéndose a dirigir un concierto con fin benéfico. ¡Cuánta sugestión la de Cádiz, con su situación privilegiada en el fin del Mediterráneo y de Europa, y de cara al Atlántico y hacia el Nuevo Mundo! ¡Y con su vida cargada de siglos, en la que se mezclan lo mitológico y lo más luminoso de la historia: Alcides, la Odisea, Fenicia, todo recuerdos y huellas milenarias marcadas sobre una tierra bellísima y accidentada, bajo un sol de turquesa! Caminando por sus calles se leen nombres como los de “Hércules”, de “Argantonio” y otros de la antigua Iberia, con que las bautizó, cuando fue alcalde, Adolfo de Castro, persona cultísima, apasionada por los estudios de la Iberia prehistórica, especialmente por este Argantonio, rey de Tartesios, y autor, por otra parte, de *El Buscapié*, la novela que atribuyó a Cervantes y que como tal fue tenida hasta por los más conspicuos cervantistas. Y, junto a la ciudad, entre Cádiz y Gibraltar, la isla del “Perejil”, o de “Las palomas”, que es la de la ninfa Calipso de la Odisea, con la misma vegetación, la misma fuente, que describe Homero, según probó Víctor Bérard en su libro que estudia el viaje de Ulises al volver de Troya.

De Cádiz fue a Jerez de la Frontera. Allí sus amigos le acompañaron a hacer excursiones de un interés sin precio para él. Fueron a Sanlúcar de Barrameda, el puerto que tanta relación tiene con los viajes de Colón al nuevo continente. Siguiendo el camino que corre entre dos altas montañas, y en unos pastos que se abrían a un lado, vieron unos bueyes y vacas paciendo. Sobre sus cabezas y entre los cuernos, y sobre sus lomos, estaban unos altos y esbeltos pájaros sin que las bestias los movieran. Era que las limpiaban de parásitos. Parecían estampas de un templo egipcio. Pero es que estas bellas y grandes aves venían realmente de Egipto: eran los hermosos ibis del Nilo que emigran todos los años del extremo oriental del Mediterráneo hasta más allá de su occidente.

Visitan después las ruinas del templo de Hércules; aún entre el polvo de la tierra se encuentran restos de vasos y trozos de las piedras del monumento, viejo de más de

dos mil años. Pasan luego por una pequeña cuanto bella ciudad: en la esquina de una calle vese un busto de mármol representando a Hércules. Es Medina Sidonia: Medina, de la blanca Arabia; Sidonia, de la Sidón de Fenicia.

Y llegan a Tarifa, la punta de España más cercana al África, en el sitio más estrecho del estrecho de Gibraltar. Suben al torreón histórico y heroico de Guzmán el Bueno. De su alto vese el sol poniéndose entre los cercanos macizos de África y de Europa, como si fueran, realmente, las columnas que alzara Hércules para aguantar dos continentes. Los rayos del sol, abriéndose entre las sombras que les dibujan las nubes, dan al espacio el imponente aspecto de un cielo bíblico. Todo es de una grandeza impresionante, de mitología, de leyenda, de lejana historia.

Ya podía Falla ponerse al trabajo: su espíritu estaba embebido de magia y de sublimidad. Durante años ha sido la fuente que aún mana inspiración sobre su obra. Y esta responde a su ansia. La prueba es que, más adelante, ya en camino la composición, un día, al atravesar los Pirineos para ir a Tolosa de Francia, al pasar junto al pie de la alta y nevada cima del Canigó y ante su visión grandiosa, salió de su voz la música que había ya compuesto para este canto del poema; y le satisfizo, y la creyó digna de aquella majestad.

Nadie conoce nada de su música. Falla es demasiado minucioso y pulcro en su trabajo para mostrar a nadie una obra que él no cree terminada. Y para él no está terminada hasta haberla visto y revisto una vez y otra al cabo de años y años.

Lo que sí parece poderse asegurar de su música es que está constituida principalmente por corales, tratados en una polifonía austera, aunque libre y rica, con sobrio apoyo orquestal, y por partes sinfónicas y voces solistas de los personajes del poema.

Esta obra marca la etapa superior de la evolución del estilo de Falla, porque es el punto más alto de su ascensión hacia la universalidad de la técnica y de la expresión, y porque realiza en su ideal, de reunir, fundiéndolas en una sola, la música particular de los diversos pueblos de España.

Y a ello le llevan, además, primero: el asunto de *La Atlántida*, que por ser un gran poema épico demanda un lenguaje alto y universal. Segundo: porque el lugar de su acción es el de la España toda, desde el Pirene en llamas, a los jardines de las Hespérides con sus frutos de oro en el Levante; y de las puertas del tenebroso océano que abriera Hércules, hasta el último límite del mar en las playas del mundo nuevo. Y tercero: porque la lengua catalana, sobre la que está compuesto el poema, por su origen latino y por su influencia gótica, completa la universalidad de la materia.

Y así, Falla, con la música de *La Atlántida*, que sonará con acento catalán, devolverá a Cataluña, él, el músico andaluz, la ofrenda que los músicos catalanes, Pedrell, Albéniz y Granados, hicieron a Andalucía al crear la escuela moderna española sobre los ritmos y los cantos de la música andaluza.

El libro de *La Atlántida* lo ha arreglado el mismo Falla. Falla es hombre de gran cultura, observador penetrante y muy inteligente en todo. Por eso pudo escribir en catalán –que no es su lengua, aunque se parece mucho a la suya porque catalán y castellano, ambas son hispano-latinas-, los versos en prosa rítmica que necesitaba para concentrar unos pasajes o enlazar unos cantos del poema, según las exigencias de la construcción musical.

Algunas veces ha dicho que pocos meses le bastarían para terminar la obra, si es que le permitieran su salud o sus ineludibles compromisos –cartas, visitas, conflictos con sus editores- trabajar con tranquilidad en ella. Lo cierto es que los meses van pasando y juntándose en años, sin que llegue la puntada final. Nada ha de importar, sin

